

Elogio de
Francisco Morazán

V I C E N T E S A E N Z



Elogio de Francisco Morazán



México, D. F.
Gráfica Panamericana
1 9 4 2

923
S716 e

Este ensayo, hasta la parte que se refiere a la expatriación del prócer en David, fué leído por su autor, en el Anfiteatro "Bolívar" de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la noche del martes 8 de septiembre de 1942, al iniciarse la semana conmemorativa del primer centenario del fusilamiento de Francisco Morazán.—Presidieron el señor Lic. Rodolfo Brito Foucher, Rector de la Universidad, y el señor Ing. Félix F. Palavicini, Presidente del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México.—La parte final de su trabajo fué también leída y comentada, por el propio escritor costarricense, en la XVI reunión americanista del "Grupo América", en la tarde del sábado 26 de septiembre de 1942, bajo la presidencia del señor Gral. Héctor F. López.—El autor deja el producto íntegro de esta edición, ordenada y dirigida por la Sociedad "Francisco Morazán", a beneficio del fondo para erigir un monumento, en la capital mexicana, al ilustre prócer de la unidad de Centro América.—Se acabó de imprimir el día 8 de octubre de 1942, en los talleres de Gráfica Panamericana, Calle del Pánuco número 63, México, D. F.

#MV = 14.369

1967

QUINCE de septiembre de 1842.
¡Hace justamente un siglo!

Por el camino de Cartago a San José, capital de Costa Rica, varios oficiales y sus tropas llevan preso, reconcentrado en sí mismo, a un hombre que parece haber vivido —sin apenas frisar en ellos— algo más de los cincuenta años.

Alto. Delgado. Barba negra, hasta los bordes del mentón, según usanza de la época.

Sangre coagulada, de herida muy reciente, en el carrillo izquierdo.

Expresión suave pero varonil en el semblante.

Lo llevan a caballo, con el paso lento de los cortejos fúnebres.

Detrás de él, conducido en una hamaca, cargan dos parejas de soldados a otro prisionero.

Va casi moribundo: pocas horas antes había querido darle fin a su suplicio, asestándose en el pecho terrible puñalada.

Francisco Morazán se llama el de adelante.

Vicente Villaseñor, el militar salvadoreño que en aquel calvario se desangra.

¡Muerto se quedó en Cartago José Miguel Saravia;

muerto con estricnina por su propia mano, al ver que a Morazán, a Villaseñor y a él mismo se les ultrajaba con ponerles grillos!

Por su lealtad y su cultura, no debe olvidarse el nombre de este gran paladín en Centro América.

A CERCA del arribo de los “reos” a San José, ha escrito lo siguiente un viejo historiador de mi país, adversario por supuesto de los “rojos”, y académico —entre otras cosas— de la lengua, que sabe manejar con gran soltura:

“Llegaron a San José a la una de la tarde. Un gran gentío los aguardaba desde lo alto de la cuesta de Las Moras hasta los Almacenes.

“Como lo escribió Morazán en su última carta al General Saget, allí había cinco mil hombres que presentaban un semblante investido de furor.

“No se oyó, sin embargo, una injuria, ni siquiera una voz descompuesta. En aquella multitud reinaba un silencio de muerte.

“Morazán fué llevado a la Casa de Gobierno, donde está hoy el Palacio Nacional”.

A CONTINUACION explica el consabido historiador cómo empezó desde ese momento el último acto de la tragedia, al plantearse la cuestión de lo que tenía que hacerse con los prisioneros.

Y en pugna con lo que afirmó líneas arriba, acerca de la actitud respetuosa y silenciosa de los josefinos, cae entonces en asegurar que el pueblo, que “la numerosa plebe en armas”, tenía ya decretada y exigía la muerte de Morazán y de Villaseñor.

Pero eso es poco, según el autor de referencia, porque las turbas, “si no se ejecutaba sin dilación a los dos jefes vencidos”, harían en la noble metrópoli costarricense una degollina general.

Nuestros antepasados, pues, nuestros conterráneos capitalinos —así los presenta el historiógrafo máximo de por aquellos lares— “se iban exaltando, más y más, a medida que pasaba el tiempo, sin que se resolviera el asunto”.

Y a tales extremos llegó aquella tremenda y nunca vista exaltación, que “el pueblo amenazaba con que mataría a todos los prisioneros, a todos los costarricenses morazanistas, sin perdonar a los diputados”, ni al propio jefe de la insurrección, el señor Coronel o General —a posteriori— don Antonio Pinto.

Vale la pena tomar nota de que entre los diputados constituyentes figuraban los más ilustres, los más respetados y respetables varones del país.

APOYANDOSE en tan incontenible furia popular, que los josefinos no aceptarán como verídica, tenía que resultar muy fácil a don Antonio Pinto, y a sus defensores de hoy, interpretar a su gusto y albedrío la tragedia de hace un siglo.

“Esta voz terrible —se disculpa Pinto— iba corriendo de fila en fila entre los soldados, y era proferida hasta por las mujeres y por los niños de la manera más imponente, añadiendo que no dejarían pasar el día sin que verificasen su amenaza”.

¡Es decir, la matanza sin distinción de todos los costarricenses morazanistas, en la que tomarían parte hasta las mujeres y los niños!

“En vista de lo cual —sigue hablando Pinto— calculé que en efecto cumplirían (los hombres, las mujeres y los niños) sus promesas; y que en este caso, sin que se salvaran los generales Morazán y Villaseñor, iban a ser sacrificados, de la manera más atroz, todos los restos del ejército federal y muchos costarricenses.

“Tales consideraciones me pusieron en la dura necesidad de ejecutar a Morazán y a Villaseñor, no permitiendo las circunstancias trámite ninguno, ni más tiempo que el de tres horas para que se dispusiesen a la muerte”.

ABSUELTOS en esa forma los verdaderos responsables del asesinato de 1842; e inculpado —para su alivio de ellos— el pueblo de San José, termina con estas palabras su académico trabajo, sobre tan sangriento tema, el pulcro historiador cuyas palabras comenté al principio: “La ejecución se llevó a cabo en medio de un profundo silencio, hacia las seis de la tarde del 15 de septiembre, cerca de la esquina sudoeste de la plaza de armas, hoy Parque Central”.

¿Se advierte de qué manera, a fe cierta extraordinaria, reinó de nuevo el silencio entre tan furibunda “plebe en armas”?

Vale que por lo menos se hace constar, en las tres últimas líneas de ese estudio, o como quiera llamársele, que Morazán murió de pie, estoicamente, heroicamente, “sin permitir que le vendaran los ojos, dando él mismo las órdenes de mando a los soldados que lo fusilaron”.

MAS he aquí que otro intelectual, muy condecorado también y muy sabido, don Lorenzo Montúfar, en sus “Memorias Autobiográficas”, capítulo trigésimo cuarto, página 310, nos da una versión bien diferente, desde todo punto de vista, a la que renglones atrás se creyó necesario revisar.

Y nos la ofrece después de haber conversado con el propio Pinto, de quien podrá inferirse que fué contemporáneo.

Dice así Montúfar, y no quieran tomarse a humorismo sus palabras, que bien se prestan a meditación:

“Al efecto le pregunté, una tarde, por qué razón no había él juzgado al General Morazán, antes de condenarlo a muerte. Me contestó, en resumen, con mucha sangre fría:

“La ordenanza disponía que el consejo de guerra fuese de oficiales—generales, y yo no los tenía. ¿Qué había de hacer? Lo mandé fusilar. ¡Y si no lo fusilo, se me muere Petronila!”

Petronila —aclara don Lorenzo Montúfar— “era una hija del señor Pinto, que solía accidentarse al recibir alguna impresión violenta”. Y sigue aclarando aquel historiador:

“Los enemigos de Morazán la habían intimidado, haciéndole creer que si al caudillo no lo fusilaban, el fusilado inmediatamente sería entonces su propio padre”.

¡DOS versiones, completamente distintas, las del militar de origen portugués que ordenó se matase a Morazán!

Primero las “turbas”, el pueblo, los hombres, las mujeres y los niños de San José, que pedían a gritos y con ame-

nazas la ejecución del gran patriota y del gran unionista centroamericano.

¿Después? ¡¡Petronila!!

¡Petronila intimidada por los reaccionarios, por los enemigos del prócer, por aquéllos que sólo eran capaces de medir los ideales morazánicos, incluso la defensa del territorio nacional, amagado a la sazón por fuerzas separatistas nicaragüenses; que sólo eran capaces de medir tanta elevación de miras, a través de los míseros centavos que les pedía el Gobierno para que pudiera realizarse, sobre bases firmes y estables, el engrandecimiento de su patria!

TENGAN seguridad los que estén siguiendo estos apuntes, de que no fueron los vecinos honestos de San José, ni los de Cartago, ni los de Heredia, ni los de Alajuela; de que no fué el pueblo costarricense el que llevó al cadalso a Francisco Morazán.

Tampoco se podría inculpar a ese pueblo por el fusilamiento posterior de Juan Rafael Mora, el máximo adalid de nuestra segunda independencia, en lucha titánica contra los filibusteros del esclavista norteamericano William Walker.

No. Ese pueblo está simbolizado en la figura humilde de Juan Santamaría, miliciano del 56, entraña campesina de nuestra propia tierra, que ofrendó su vida para que no pu-

dieran dominar en Centro América los invasores extranjeros.

Fueron otros los responsables de la muerte de Francisco Morazán.

¡Y de la muerte de Hidalgo a manos de la Inquisición!

¡Y de la muerte de Morelos!

¡Y del asesinato de Sucre!

¡Y del sacrificio de Lincoln, libertador de esclavos!

¡Fueron otros!! ¡¡Sí!!

¡Los enemigos ancestrales del progreso y de la dignidad humana, que siempre encuentran la manera de aprovechar, con sagacidad y con extraordinaria sutileza, a las Petronilas influyentes que suelen accidentarse en nuestro medio!

COSAS triviales o cómicas parecen éstas, ya lo dije antes. Pero son trágicas, en realidad, porque de mucho repetirse constituyen grave daño para la buena marcha y para el desarrollo integral de aquellos pueblos.

Indudablemente que nuestros ilustres varones centroamericanos del siglo diecinueve, adversarios o panegiristas de estos o de aquellos gobiernos, nos dan mucha luz a los hombres de generaciones subsiguientes.

Nos la dan, cuando además de todo lo que hicieron —o

de todo lo que tuvieron en proyecto realizar—, les quedó todavía tiempo bastante para escribir, a saltos y a brincos, detallada relación, con muchas señales y minucias, de los buenos o de los malos pasos que dieron en la vida.

No es otra cosa la que sucede con las Memorias de un tercer historiador y político de merecida fama, don Miguel García Granados.

En esas Memorias hace don Miguel que reluzca el ingenio de su hermana mayor, quien con mucha travesura y con gran facilidad para versificar, escribía sátiras envenenadas contra los jefes liberales.

Es decir, contra los valores más destacados del partido triunfante en 1829, “sin perdonar siquiera a sus esposas”, habiendo escrito una extensísima y muy sangrienta seguidilla en relación con Morazán.

Informa después García Granados que estos retratos comenzaron a correr manuscritos; que la gente se los arrebató de las manos; y que “a poco cuasi no había quien no los supiese de memoria, poniendo los maltrechos sus gritos en el cielo”.

MAS adelante, por boca del propio narrador, venimos a enterarnos de que en 1830 su hermana —que se llamaba Pepa— al fin corrió peligro de que las auto-

ridades —¡las crueles autoridades morazanistas de los “rojos” o “fiebres”!— procedieran en contra suya, es de suponer que por delito de difamación o por daño en honra ajena.

Pero con sinceridad que sin duda lo enaltece, afirma líneas abajo el citado autobiógrafo guatemalteco que no había empeño verdadero en molestar a su hermana, la que sin tropiezo, y sin que nadie le pusiera obstáculos, pudo trasladarse a Chiapas venturosamente.

¿Y en qué forma respondió, tan inquieta y encumbrada dama, al espíritu conciliador y tolerante de los “bolcheviques” de aquella fecha?

En la misma forma en que contesta siempre la reacción al sistema liberal y democrático, que espera vencer o convencer a sus enemigos, a los enemigos privilegiados del pueblo, dejándoles valerse precisamente de la democracia para escarnecerla y acabar con ella.

A SI ocurre también en la época contemporánea. De esa lenidad, que actualmente todos conocemos con el nombre de apaciguamiento, supieron aprovecharse Hitler y Mussolini para desquiciar al mundo.

¡Y al amparo de los Petronilos y de las Petronilas de hoy, ambos dictadores lograron fortalecer su posición en Europa y en el resto del planeta!

A la sombra, igualmente, de esa libertad y de esa democracia, pudo tomar fuerza en España la caverna, que sólo era capaz de atravesar, con su tizona, el corazón del oprimido.

Y en esa libertad —contra la libertad—; en esa democracia —contra la democracia—, encuentran amplio apoyo en nuestra América los quintacolumnistas, enemigos del hombre en su acepción de hombre.

Se apoyan, pues, en la libertad, los que sienten odio por la libertad; se apoyan en la democracia los adversarios enmascarados de la democracia, para socavar los cimientos de una civilización y de una cultura, profundamente humanas, en las que tendrá que descansar el nuevo mundo para no caer en la barbarie, en las monstruosas aberraciones ultramodernas, que está sufriendo la malparada civilización del siglo veinte.

CASI podría decirse que en su exceso de tolerancia hacia las castas dominantes —¡hacia las castas de los Arces y de los Aycinenas!— estuvo el error de Morazán.

En el relato ingenuo de García Granados se puede apreciar, entre líneas, el panorama de la época.

Memorias tan superficiales son las suyas —escritas, cabe suponerlo, en moza edad—, que le sirven incluso para

explicar cómo se ganó la vida en México, jugando al ajedrez.

Pero en esas páginas está la clave de las dificultades y de las luchas que tuvo Morazán, desde 1829 hasta su derribamiento por las hordas de Carrera, en dos décadas de muy difícil y penoso trecho.

¡A tales hordas se acogieron los llamados serviles, las nobiliarias jerarquías de la antigua capital de la colonia —después de haberle ofrecido la dictadura a nuestro prócer—, para dar al traste con toda aspiración que pudiera mermar sus intereses!

Y en el bárbaro de Carrera, en el audaz analfabeto de Mataquescuintla, también vinieron a encontrar su más idóneo instrumento los altos jefes de la Iglesia.

¡Los tetrarcas rencorosos —porque se quedaron sin diezmos ni primicias— de lo que no era posible considerar, a la sazón ni hogaño, como iglesia o religión de Cristo!

TODO se ve muy claro en esas páginas. ¡Hasta el traslado de la sede federal al Salvador, porque los guatemaltecos de abolengo no soportaban a los “fiebres” de hace una centuria!

¡Bien es verdad que tampoco los soportan hoy —a pesar de cuanto se ha vivido y experimentado— en muchas otras urbes o parroquias, donde a los actuales “fiebres” tildan con nuevos motes las derechas!

Refiere allí García Granados de qué manera siguió su hermana, desde Chiapas, escribiendo y versificando contra los principales funcionarios de la Federación, no obstante ser honestos.

Y otra vez repite que ni a las esposas de los liberales había de perdonar, “no dejando a nadie sin su entrada soberana”, para regocijo y alegría de lo más granado de la caverna, que en tan agudos versos encontraba continuado alborozo y grande ingenio.

Triunfó a la postre todo aquello: la calumnia, la difamación, los odios, las pasiones, el poder del púlpito y del confesionario, las rivalidades entre los propios “comunistas” de la época, el fanatismo de los indígenas de oriente, armados y fortalecidos por el clero y por los aristócratas de la capital.

¡Triunfó todo aquello, como sigue triunfando en nuestra era de tantos periódicos y de tantas bibliotecas, acaso porque son muy pocos los volúmenes leídos y muchos los que sufren el bochorno de morir quemados!

TRIUNFO, pues, todo aquello, en 1839 y en los siguientes años, hasta nuestros días.

Más no se diga que por falta de preparación del pueblo. ¡No conocerá pueblo la Historia del cual pueda decirse

que anda cojo de preparación para que le traten, los de arriba, con humanidad y con justicia!

Será inútil repetir, entonces, que acaeció lo inevitable por la incultura de las masas, "material humano inferior para obra tan avanzada como la de Morazán", según suelen afirmar los que ven las cosas superficialmente.

No. Triunfó todo aquello por la intransigencia de las derechas, por su ambición desenfrenada, por su desprecio a los de abajo, por su falta de caridad hacia los desposeídos, que los privilegiados procuran siempre mantener en calidad de ignorancia y servidumbre.

Triunfaron, en términos más precisos, los hombres lobos, enemigos feroces del hombre de la llanura. Y enemigos también del hombre-hombre, que es como decir enemigos a muerte de la inteligencia.

Y triunfaron las mujeres de esos hombres lobos, incapaces de comprender ni de vivir la esencia pura del cristianismo, sólido y profundo sentimiento de la bondad humana.

¡Ah, nuestras alegres comadres rezadoras!

Van temprano a misa.

Se confiesan, aunque de confesarse vuelvan al pecado.

Comulgan.

Despellejan al própimo.

Se santiguan antes de faltarle a Dios.

¡Y con una absolución, a la hora de la muerte, esperan ojiblanco ganar la gloria eterna!

SE salieron, entonces, con la suya, primero en Guatemala, después en los otros Estados centroamericanos, y finalmente en Costa Rica, los Pepes y las Pepas, los Petronilos y las Petronilas.

¡Se salieron con la suya, saciando su odio y su venganza en Morazán!

Lo fusilaron a las seis de la tarde del 15 de septiembre de 1842, a la hora en que se apaga el sol, como se vió al comenzar este relato.

Pocos momentos antes lo habían llevado del Palacio de Gobierno a la plaza de armas, en donde se formó la escolta, al compás de una quejumbrosa marcha fúnebre que tocaba la banda josefina.

En el trayecto de la prisión al sitio en que lo iban a matar, pudo conseguir con gran esfuerzo que su hijo Francisco, adolescente aún, se separara de él y acorriese a la desconsolada esposa, prisionera de los insurrectos en la propia casa de su adversario Pinto.

¡Allí la tenían en humillante reclusión los enemigos del caudillo, para que en su dolor y en su angustia le sirviera de consuelo la cercanía de Petronila!

ASEGURA un testigo presencial de la tragedia, citado en la obra básica de Martínez López, que Morazán no quiso ocupar el banquillo de la muerte.

Le pareció más digno esperar de pie la descarga de los que habrían de perforarle el cuerpo, sin lograr que se apagara ni amenguara lo luminoso de su espíritu.

A su lado estaba Villaseñor, tan débil y exangüe, que lo tuvieron que conducir en una silla hasta el lugar en que lo ejecutaron.

Acercóse Morazán al militar agonizante; y después de abrazarlo le arregló el cabello, haciéndole ver que a su debido tiempo se le haría justicia.

Con gran serenidad se despidió de los amigos que lo rodeaban. Descubrióse luego la cabeza. Y musitó al cabo esta plegaria, santiguándose:

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

¿Después?

Su voz de mando.

Detonación cerrada.

Y un hombre que se desploma, vivo todavía, porque los soldados no quisieron o no supieron apuntarle.

Una segunda descarga lo lanza por fin al reino de la muerte, que en casos como el suyo es el reino de la vida.

PASARON varias horas y en el suelo, con los ojos abiertos, permanecían los dos cadáveres.

Como era ya de noche y en negra sombra envolvíase la ciudad, grupos de curiosos, a la luz de linternas de canfín,

se acercaban a los restos ensangrentados de Morazán y de Villaseñor.

A eso de la diez se presentó en la plaza, con dos sábanas para cubrirlos y enterrarlos, con la más honda tristeza reflejada en su semblante, el prócer nobilísimo, el primer Jefe del Estado de Costa Rica, don Juan Mora Fernández.

Media hora después se organizó el cortejo, solemne y silencioso, hacia el cementerio de la capital.

¡Sin ataúdes!

¡Sin flores ni responsos!

¡Sin agua bendita ni absolución post mortem!

¡Sin discursos ni cañonazos!

¡Sin desfiles militares!

¡Sin toques de clarín ni descargas de fusilería!

¡Sin Petronilas ni Pepas accidentadas!

¡Sin pensión para la viuda!

¡Sin luto en las banderas!

¡Sin todo eso que en nuestros países constituye el premio póstumo de tantos salvapatrias —con mandoble o de levita— como los que le han dado brillo, herencia de dinero y esplendor al corro de sus allegados y de sus familiares!

¡¡Dos blancas sábanas y una humilde fosa, en donde los dos cuerpos quedaron apareados!!

¿Y QUIEN era este hombre, quién era ese Francisco Morazán, al que sin jueces ni defensa se le llevó al cadalso?

¿Quién era ese hombre, cuya muerte se celebró en toda la extensión territorial de Centro América con alegres repiques de campanas, con alborozo de aristócratas y de abarroteros, con tedeums y paternosters?

¿Quién era ese varón en tal forma aborrecido, que al tomar el poder en Costa Rica rompieron relaciones con aquel país los caporales de San Salvador y de Tegucigalpa; y los de Managua se movilizaron en su contra; y los serviles de Guatemala se aprestaron a luchar para que no les desquiciara el régimen de esclavitud que allí imperaba, “por mandato de Dios, del Arzobispo y de Carrera”?

¿Criminal peligroso, por ventura, que sembraba el desconcierto entre los honorables vecinos de la América Central?

¿Reo, acaso, de delitos comunes?

¿O se le podría inculpar, tal vez, de haber cometido robos en despoblado, o en el poblado a veces frondosísimo de los presupuestos oficiales?

NO. Las semblanzas que tenemos del prócer, sin excluir las que han escrito algunos de sus enemigos, nos lo presentan como personaje de costumbres morigeradas y de intachable caballeridad.

El escritor salvadoreño don José María Cáceres, quien conoció y trató mucho al General Morazán, dice de él, entre otras cosas:

“Su semblante era sereno, agradable y simpático; a su presencia era imposible la enemistad; sus más encarnizados adversarios se rendían al irresistible atractivo de su expresión.

“Su continente, sus modales, sus movimientos, su palabra y la modulación de su acento, eran propios de un caballero de la más esmerada y fina educación. Jamás se le escapaba una palabra vulgar, pero ni siquiera una mirada humillante o desdeñosa.

“Gustaba poco de diversiones. Nada que rebajase su dignidad personal. Nada que diese derecho a la mordacidad ni a la calumnia de sus enemigos.

“Complaciale sobremanera el trato de personas distinguidas, de personas cultas, aun cuando entre ellas contase con enemigos políticos. Tenía afición a las tertulias graves y decentes, sin hacer sentir jamás la superioridad del puesto que ocupaba, ni dar lugar a la llaneza.

“Severamente probo, jamás abusó del poder en beneficio propio. Su familia, su casa, su ajuar, su vestido, todo llevó el sello de la más decorosa austeridad.

“En su asistencia al despacho o en sus paseos nunca se hizo acompañar de edecanes o de ayudantes, a no ser en campaña.

“Excusaba los honores militares. En su casa no tenía guardias de honor, ni en la servidumbre de ella figuraban oficiales ni soldados.

“Durante los últimos cinco años que estuvo en San Salvador, solamente el día de su cumpleaños, en 1838, recuerdo haberlo visto en traje militar”.

HE seleccionado las frases anteriores del salvadoreño Cáceres, porque dan una idea precisa del modo de ser de Morazán. Sinteticemos ahora, a grandes rasgos, algunos apuntes de su biografía.

Nació el 3 de octubre de 1792, en la entonces pequeña población de Tegucigalpa, capital actualmente de la República de Honduras.

Muy joven todavía, en 1821, comenzó a destacarse en la vida pública hondureña, habiendo llegado a ocupar la posición de Secretario General del Gobierno, a la edad de 32 años.

Posteriormente, cuando apenas había cumplido los 34 —¡cosa extraordinaria en Centro América!—, eligieronle sus compatriotas Presidente del Consejo Representativo de su Estado natal.

Ya para esa fecha, caído el Imperio de Iturbide —con el que no estuvo Morazán de acuerdo, como tampoco podía estarlo el pueblo mexicano— comenzaba en Centro América la

bochornosa exhibición de desmedidas ambiciones, levantamientos, cuartelazos, irresponsabilidad y anarquía.

En 1827 Manuel José Arce, Presidente de la Federación, se lanza sobre Comayagua, capital hondureña, y para complacer a las poderosas fuerzas reaccionarias de la antigua Capitanía General, toma presos a los jefes de los Estados de Honduras y de la propia Guatemala.

En tales emergencias la figura de Morazán adquiere sus más altos relieves.

Empieza a organizar la defensa de la Ley y de la Constitución.

Se revela como militar genial.

Y después de haber librado memorables y siempre victoriosas batallas, logra sitiar y dominar a Guatemala en 1829, según habrá podido colegirse de folios anteriores.

SERIA imposible hacer, en el presente esbozo, una relación detallada de la vida pública de este altísimo valor continental americano.

Lo interesante es darse cuenta de su ideología, del espíritu que lo animaba para enfrentarse a tantas incomprendiones y a enemigos, de tal manera poderosos, como los que obstaculizaban su labor.

Baste decir que las sombras de Carlos V, de Felipe II, de Fernando VII y de Torquemada, prevalecían a la sazón en

1821
1792
29

Centro América, no obstante la cultura extraordinaria de un pequeño cenáculo de hombres superiores.

El odio al humanismo, la política colonial de los privilegios y de las encomiendas, la más rabiosa oposición de las derechas para educar y enaltecer a la irredenta masa popular, todo eso dominaba entre los centroamericanos de alcurnia, que se decían cristianos, cuando Morazán pugnaba por darle fin a lo escolástico, y a lo que hoy sigue provocando en el mundo tanta desolación y tanta ruina.

“Sólo la instrucción pública —escribió pocos meses antes de morir— destruye los errores y prepara el triunfo de la razón y de la libertad. Nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca”.

NO se le escapaba, desde luego, que al iniciarse una nación en la vida independiente, era imposible que marchara sin tropiezos por su nueva senda.

Pero el prócer ponía toda su fe en la educación, en el cultivo de la inteligencia, en que al pueblo se le instruyese en el cumplimiento de sus deberes. Y aclaraba sus ideas en esta forma:

“No hablo aquí de la educación culta y esmerada que exige grandes establecimientos literarios, sino de la sencilla educación popular, que es el alma de las naciones libres”.

¡Cómo hacen pensar estas palabras de Francisco Mo-

razán en la obra de los más altos valores de la revolución mexicana, herederos legítimos de Gómez Farías, el doctor Mora, Rodríguez Puebla y Gorostiza!

¡Cómo recuerda el ideal educativo de Morazán, la labor realizada en 1917 por los constituyentes de Querétaro!

¡Y cómo su pensamiento nos da ánimo a los centroamericanos para que alguna vez, en memoria de nuestra figura máxima, podamos tener en nuestro medio una ley semejante al Artículo Tercero de la Constitución de México!

CONSECUENTE con su modo de pensar, ya como Jefe del Estado de Honduras, o como Jefe del Estado de El Salvador, o como Presidente de la Federación, dió Morazán poderoso impulso a la enseñanza, estructurándola en un sentido francamente democrático.

En este aspecto se agiganta su figura, pues para entonces, en el resto de la América española, apenas se esbozaban leves proyectos de transformación educativa, saliendo algunos gobiernos de lo escolástico, con gran timidez, para entrar en el racionalismo.

Sus decretos sobre instrucción pública, todavía en esta época y en países más avanzados, siguen siendo discutidos por las derechas, que quisieran devolver la educación del pueblo al cuidado de la teología.

Pero eso no quiere decir que fuese Morazán hombre

sectario, porque decretada al mismo tiempo —y hacía que se respetase!— la libertad absoluta de pensamiento.

Deseaba que sus conciudadanos pudieran opinar en todo instante, de palabra y por escrito.

¡Cuánto diéramos porque en este siglo de las luces —y de la democracia!— ocurriese lo mismo en Centro América!

EN lo que atañe al problema clerical, a pesar de su espíritu tolerante y de su amistad probada con sacerdotes virtuosos y humildes, que siempre lo acompañaron, no tuvo más remedio que tomar medidas de precaución contra los enemigos episcopales de la República.

Ya vimos que el alto clero y los conservadores o serviles, valiéndose precisamente de la libertad, hacían todo lo posible por acabar con ella y sembrar el desconcierto.

No estaban conformes, las fuerzas reaccionarias, con que se impulsara la educación del pueblo.

Menos habrían de mirar con buenos ojos la ley del matrimonio civil y del divorcio, sancionada finalmente en abril de 1837.

¡Ni el clero ni los serviles aceptaban semejante escándalo!

¡Y quedó todo eso bautizado con el apodo sangriento de “la ley del perro”!

Tampoco veían con agrado la libertad de testar, ni el

juicio por jurados en lo criminal, que los liberales guatemaltecos tomaron del Código de Livingston, votado para la Luisiana.

Llegó por añadidura la peste del cólera morbus, y a los herejes o “fiebres” se les echó la culpa de aquel “castigo de Dios”, agregándose que envenenaban las aguas y que los botiquines enviados por don Mariano Gálvez, Jefe del Estado de Guatemala, contenían veneno para matar a los creyentes.

DE igual manera que el Arzobispo Labastida, bendiciendo en México a Maximiliano y condenando a Juárez; lo mismo que los prelados españoles de estos últimos años, rociando con agua bendita las armas de los invasores de su patria, operaban también en Centro América numerosas órdenes llamadas religiosas, que seguían pensando en el absolutismo de los Austrias o de los Borbones, simbolizados en Guatemala por el fatídico Marqués de Aycinena.

El Arzobispo Casaus y Torres, primero en la vieja capital, y después desde la Habana, era el jefe de los conspiradores eclesiásticos.

Con documentos incontrovertibles demuestra sobre el particular el biógrafo hondureño de Morazán, Martínez López, que una hermana del Marqués, de acuerdo con el Arzo-

bispo, divulgaba la noticia de que ella “estaba en relaciones íntimas con el Supremo Hacedor”.

Para convencer a los indígenas, sencillos y fanatizados, de que eso era cierto, se sacaban y se distribuían copias de la correspondencia que Nuestro Señor y la monja de Aycinena se cruzaban, a fecha fija, incitando al pueblo a la revuelta.

De todo ello vino a resultar que el Arzobispo y sus acólitos fuesen embarcados con dirección a Cuba, tres meses escasos después de haber entrado Morazán en Guatemala.

¡Y llegó también a comprobarse que ni Dios ni la tumultuosa santa de Aycinena, a juzgar por la correspondencia que cayó en poder de las autoridades, se preocupaban poco ni mucho por emplear las reglas más elementales de la ortografía!

DIFÍCIL se me hace reseñar en este trabajo —que sólo puede y debe tomarse como un esbozo sintético— lo que el propio Morazán escribió sobre el destierro de Monseñor Casaus y de sus agresivos instrumentos convencionales.

En frases concretas, con numerosas citas históricas, refiriéndose a la opinión de ilustres papas y de conocidos santos, sostiene Morazán, en un escrito suyo para el Padre Reyes, cómo la religión se mancha por el fanatismo, “cuan-

do debiera ser el iris de la paz y el más firme apoyo de las virtudes”.

No concebía nuestro calumniado prócer que el afán de acumular riquezas, de mantener al pueblo en la ignorancia y de sacar ventajas de la superstición, fuese labor de cristianos verdaderos.

Y daba fin a sus palabras haciendo una calurosa apología de los religiosos honestos, “que han conservado intactas sus buenas costumbres en medio de la corrupción, que han resistido a las tentaciones de la licencia, que no siguen el mal ejemplo de sus prelados, y que mantienen en su corazón los sentimientos más puros de la sana moral”.

NO era, pues, Francisco Morazán, ni jacobino rabioso ni adversario de los pastores de la grey cristiana.

Quería, sencillamente, que representaran al Hijo del Hombre con misericordia para el prójimo, con dignidad y con decoro.

Fray Servando Teresa de Mier; fray Bartolomé de las Casas; el gran indigenista Vasco de Quiroga; el sacerdote salvadoreño José Matías Delgado, precursor de la independencia centroamericana; el Padre Hidalgo; el presbítero Morelos; religiosos como esos, enemigos de la esclavitud y de



la servidumbre, eran los representantes de Jesús que convencían a Morazán.

¡Y son también los que nos convencen a nosotros, por su amor a la libertad, por su amor a la justicia, por su devoción a la causa de los desheredados!

¡Y porque supieron luchar contra los inquisidores, contra el fanatismo, contra los prejuicios y contra la indignidad, como también habrían estado, años después, frente a frente de los Labastidas y de los ejércitos de Napoleón Tercero!

ERA mucho, sin embargo, era demasiado lo que Morazán pugnaba por hacer en Centro América.

No solamente abolía la recaudación de diezmos, dejaba en suspenso el pago de primicias y ordenaba la desamortización de los bienes eclesiásticos.

No solamente legislaba, al mismo tiempo, en el sentido de que los dueños de la riqueza contribuyeran, en forma adecuada, a los egresos de la administración pública y al mejoramiento de las grandes mayorías desposeídas.

No solamente, entonces, luchaba con el clero, los conservadores y los "nuevos ricos", sino que también tenía que habérselas con los odios y con las pasiones de sus propios partidarios; con el rompimiento a muerte de sus mejores amigos —Molina, Gálvez, Barrundia—; con las rivalidades de ciu-

dades contra ciudades; con los rencores, en fin, de unos Estados contra los otros, y de criollos contra mestizos.

Aprovechábanse de todo eso las poderosas clases parasitarias, no obstante haberle ofrecido a Morazán todo su apoyo —como páginas atrás quedó explicado— si el prócer hubiese convenido en aceptar la dictadura.

¡Se la ofrecían los cavernarios, querían ponerla en sus manos, a cambio, por supuesto, de que les mantuviese incólumes sus privilegios ancestrales!

Mas no transó nunca con ellos Francisco Morazán, prefiriendo el destierro, la muerte incluso, al bochorno de verse obligado a claudicar.

EN su mensaje del 21 de marzo de 1836, dirigiéndose desde San Salvador al Congreso Federal, en un esfuerzo supremo para cohesionar a los hombres de vanguardia, habló de "las ruinas y de los escombros que han dejado las guerras fratricidas, condenando el odio y el desbordamiento de las pasiones".

Proclamó Morazán, además, en ese mismo mensaje, "la necesidad de acabar con el mezquino interés privado, y con la innoble avaricia de los que no ven, de los que no quieren ver en el orden actual de cosas, sino la ruina y el exterminio de sus antiguos e immoderados privilegios".

Es de advertir que para esa fecha apenas habría cum-

plido Carlos Marx 18 años, no conociendo todavía la humanidad "El Capital", ni el famoso "Manifiesto Comunista", que hace temblar a tanta gente.

Tocante a lo que ahora se subraya con el nombre de solidaridad continental americana, escribió más adelante Morazán, en su histórico Manifiesto de David:

"No está lejano el momento en que se ponga en práctica la alianza de los pueblos de este continente. Ella hará que el nuevo mundo aparezca con todo el poder de que es susceptible, por su ventajosa posición geográfica, por sus inmensas riquezas y por el común interés que a todos nos une".

¡Ya estaba pensando Morazán, desde hace más de un siglo, en una interpretación justa y correcta de la Doctrina de Monroe; en el respeto a la independencia y a la soberanía de las naciones débiles; y también en lo que significaba para Centro América la apertura del Canal de Nicaragua, no para provecho de ningún imperialismo sino para beneficio de la humanidad!

PERO ya no puede Morazán, en 1839, con las fuerzas cada vez mayores que se oponen a su obra.

La situación se agrava pavorosamente en Guatemala, donde Gálvez y Barrundia, inconscientes del peligro que los rodea, no hacen otra cosa que fortalecer, con sus polémicas y con sus divisiones, a las hordas desaforadas de Carrera.

¡Que vuelvan el Arzobispo y los jesuitas!

¡Que se derogue la "ley del perro"!

¡Que se persiga sin merced a los herejes!

Tales son los gritos y los postulados de los facciosos, que operan y se multiplican en Mataquesuintla, en Santa Rosa, en otros pueblos del oriente guatemalteco.

Morazán, desde San Salvador, ofrece a Gálvez los auxilios federales necesarios para someter a los fanáticos. Pero Gálvez, para no herir la susceptibilidad de los localistas de Guatemala, enemigos del caudillo, contesta que le sobran fuerzas y recursos para enfrentarse a la sublevación.

¡Error gravísimo! Cayó Gálvez sin remedio.

Ningún provecho sacaron de su fracaso los liberales del grupo de Barrundia.

¡Y triunfaron a la postre los privilegiados, los serviles, los conservadores y el Arzobispo, con el degollador Carrera, indulgenciado y convertido en benemérito, a la cabeza del Gobierno!

DESDE ese momento se pudo comprender que Morazán estaba perdido.

Su lucha militar, siempre victoriosa, se había prolongado durante casi doce años.

¡En La Trinidad! ¡En Gualcho! ¡En San Miguelito! ¡En

su primer sitio de Guatemala! ¡En Vueltas del Ocote! ¡En San Salvador! ¡En el Espíritu Santo! ¡En Perulapan! ¡Allí donde fué necesario que defendiera con las armas sus ideales!

Pero con el triunfo final de "los cachurecos", con el derrumbamiento y con la subdivisión lamentable de la República, ya no pudo más Francisco Morazán.

Hostilizado por los gobiernos de Honduras y de Nicaragua, constantemente perseguido por el nuevo régimen de Guatemala y por todas las castas cerriles de la América Central, para no ensangrentarla, para evitar que siguiesen los conflictos, prefirió tomar el prócer el camino de la expatriación.

En abril de 1840 dejó la jefatura del Estado de El Salvador y embarcó hacia el sur, estableciéndose con su familia y con algunos de sus más fieles partidarios en David.

E NCONTRÁNDOSE en su retiro de Nueva Granada, comenzó a recibir peticiones urgentes de Costa Rica. Ciudadanos de indudable solvencia política y moral de aquel país, le pedían que fuese a derrocar al dictador y licenciado don Braulio Carrillo.

Llegábanle también, por otra parte, instancias de las demás comunidades centroamericanas, para que volviese y pudiera redimirlas de tantas vejaciones y de tantos tormentos como sufrían.

Y se le entregó, por último, una comunicación oficial de Nicaragua, en la que se solicitaba su auxilio, pues habían ocupado los ingleses el puerto de San Juan del Norte.

Esa nota está fechada el 4 de octubre de 1841, cuando ya Morazán había salido hacia el Perú, en busca de medios económicos para organizar la defensa de su patria.

En diciembre de ese mismo año, con el préstamo de 18,000 pesos que le hizo el General Pedro Bermúdez, pudo al fin fletar una embarcación de regular calado, que en compañía de sus más adictos generales lo condujo al puerto salvadoreño de La Unión, a donde llegó en la madrugada del 15 de febrero de 1842.

Consiguió allí otros cuatro bergantines, reunió a sus mejores jefes y oficiales, completó una fuerza de 500 hombres, y el 7 de abril llegó la expedición al puerto costarricense de Caldera.

E L día 8 tuvo noticias el licenciado Carrillo de lo que acontecía, ordenando la movilización general de tropas para defenderse.

Mas no pudo evitar su caída, porque es muy difícil que los pueblos, que los hombres libres, expongan su vida para darle apoyo a ningún régimen de opresión.

¡Ni siquiera a una dictadura de tipo patriarcal, como la del señor Carrillo, hombre de honestidad irreprochable,

cuyo gobierno no puede ni debe confundirse con las vulgares y sanguinarias satrapías, que tanta pena y tanto dolor han causado en nuestra América!

De modo que no era ladrón don Braulio, ni chacal, ni carnicero. Los costarricenses, sin embargo, no soportaban algunas de sus leyes, ni la rigidez de su temperamento, ni que se hubiese proclamado "dictador vitalicio" de una tierra, políticamente democrática, en cuyo clima no es posible que florezcan gobernantes mesiánicos de ninguna especie.

Así se explica que Morazán tuviese abierto el camino para derrocar, sin lucha fratricida, sin derramamiento de sangre, a un civil de personalidad indiscutible, aunque sin hondo arraigo en la conciencia del pueblo de su patria.

DESEMBARCO Morazán el 9. Pronunciáronse en su favor los comandantes de Puntarenas y del Guanacaste. Y avanzó entonces tierra adentro, sin ningún tropiezo.

Al darse cuenta de su difícil situación le escribió don Braulio, el 10, proponiéndole una entrevista para "ponerse de acuerdo en opiniones y legitimar su expedición a Costa Rica".

Entretanto, el día 11, se encontraron frente a frente el ejército de Morazán y 700 hombres de Carrillo, al mando del general unionista salvadoreño, don Vicente Villaseñor,

quien ya vimos al principio que pagó con la vida su lealtad a la causa centroamericana, de más trascendencia para aquellos pueblos que la obra regional del gobernante costarricense.

Ya se dijo también que las guarniciones de Puntarenas y del Guanacaste, con fervoroso entusiasmo, se habían puesto a la disposición del prestigiado militar y político hondureño.

Será necesario añadir que el Jefe del Estado de Costa Rica no sólo deseaba llegar a un arreglo con el ex Presidente federal, "para ponerse de acuerdo en opiniones", sino, además, "para que Costa Rica tuviese el grande y extraordinario honor de reorganizar la República de Centro América".

En tales condiciones decidió consultar Villaseñor la opinión de todos los jefes y de todos los oficiales que lo acompañaban, proponiéndoles que se celebrara un cambio de impresiones con Morazán, antes de romper hostilidades.

DE esa histórica entrevista surgió el conocido Pacto de El Jocote, firmado allí sobre la marcha, pues todos los jefes y todos los oficiales costarricenses antes referidos, con la única excepción de don Rafael Barroeta, optaron por deponer las armas y por unirse al gran caudillo centroamericano.

Establecióse en dicho convenio que Morazán asumiría

provisionalmente la Jefatura del Estado, terminando desde ese momento el despotismo de don Braulio.

¡Traición se le ha llamado a eso!

¿Traición de quién y contra qué?

¿Traición de la libertad contra la tiranía?

¡¡Miseria humana!!

¡Si así fuesen todas las traiciones, y no como las que tanto hemos sufrido!

¡Del crimen contra la virtud!

¡De la ambición innoble contra la hombría de bien!

¡Del gobernante audaz contra el decoro y el engrandecimiento de su patria!

¡De los eternos esclavistas contra la independencia y contra la libertad de pueblos vejados y escarnecidos!

¡¡Si así fuesen todas las traiciones!!

ESA misma noche, el 11 de abril de 1842, en medio de grandes festejos populares, entraron en Alajuela Morazán, Villaseñor y los dos ejércitos aliados.

Prosiguieron el 12 para Heredia, en donde se les recibió con demostraciones iguales de regocijo.

Y llegaron triunfalmente a San José, el día 13, aclamados por un pueblo que deseaba celebrar, en toda forma, el derrumbamiento de lo que allí se calificaba de ominoso.

El Pacto de El Jocote, 24 horas antes, había merecido

la aprobación del licenciado Carrillo, quien estuvo conforme en dejar la Jefatura del Estado y en expatriarse por dos años.

Vencido don Braulio, no hubo represalias ni venganzas en perjuicio suyo. No permitió Morazán que se desbordasen las pasiones, con objeto de dañarle o de oprimirle.

¡El respeto más absoluto para su persona y para su escaso patrimonio!

Carrillo, a su vez, tampoco permitió que el Estado le ayudara con algunos fondos para salirse del país.

¡Los pobres emolumentos que el fisco le debía!

¡Unos cuantos pesos que consiguió prestados!

¡Y un ejemplo altísimo de pública moral, que ojalá se hubiese seguido siempre en nuestros medios oficiales, tan viciados de superficialidad y de molicie!

YA en el poder se rodeó Morazán del grupo más preparado y conspicuo de costarricenses; restableció las garantías consignadas en la Constitución de 1825; y convocó al pueblo a elecciones, ordenando que no tomaran parte, en aquella contienda democrática, fuerzas armadas ni ningún elemento militar.

El 10 de julio se instaló la Asamblea, integrada por aquellos ciudadanos del país, entre ellos varios sacerdotes, que gozaban a la fecha del más alto predicamento en la parroquia.

El 15 de julio, por unanimidad de votos, nombró el Congreso a Morazán Jefe del Estado, dándole el título de Libertador de Costa Rica.

En agosto completó dicha Asamblea la derogación o la reforma de las leyes dictatoriales del régimen anterior; restableció el funcionamiento de las municipalidades; y pudo al fin integrar la Cámara Judicial, con 26 magistrados que supiesen hacerle honor a la elevada función de administrar justicia.

¡Pero he aquí que cuatro semanas después Villaseñor y Morazán —¡Morazán, el Libertador!— morían sin formación de causa en el patíbulo!

GENESIS de la tragedia?

Las autoridades de Nicaragua habían decretado la incorporación del Guanacaste a su país.

La Asamblea costarricense, por el voto unánime de todos los diputados, mantuvo entonces la tesis jurídica de que aquel Departamento era y seguiría siendo —a como hubiere lugar— parte integrante del territorio nacional.

Y como los hombres que imperaban en la nación vecina ya estaban asumiendo belicosa actitud, no tuvo más remedio Morazán que dictar, con gran urgencia, las disposiciones militares que debían tomarse en defensa del Estado.

¡Pero eso, de momento, era la guerra!

De momento, porque gracias al propio Morazán —a su buen sentido, a su experiencia y a su autoridad— se pudo haber logrado que el conflicto con Nicaragua, lejos de ser problema de separación, se convirtiera en motivo de unidad para establecer de nuevo la República Federal.

La reacción, sin embargo, sólo veía que aquello era la guerra.

¡Y hablaba de graves peligros, de violencias injustificadas, de una contienda inútil, porque se lanzarían los costarricenses en la aventura de pelear, única y exclusivamente por la unión de Centro América, que a las castas privilegiadas no les estaba interesando!

¡SE quejaban los reaccionarios, sobre todo, de las terribles exacciones!

No podían sufrir que la administración pública les estuviese ya cobrando 2.300 pesos mensuales a los propietarios de San José; 1.000 a los de Cartago; 1.000 a los de Heredia; y 700 a los de Alajuela, para completar con esas contribuciones la suma de 5.000 pesos, destinados a cubrir el déficit fiscal.

¡El déficit que desde mucho tiempo atrás venía padeciendo nuestro erario, casi exhausto a la sazón de rentas!

Semejante “abuso” levantaba el ánimo de las clases acomodadas, sin más patria que sus intereses, poseídas aho-

ra de irritación incontenible, pensando cuánto les costaría defender al Guanacaste.

¡Y desde ese momento —desde antes, en realidad— se aprestaron a fraguar el desorden y la rebelión contra el caudillo!

¡Como reflejo de lo que ocurría en el resto de Centro América, temblaban los Pepes y las Pepas, los Petronilos y las Petronilas!

¡Morazán —decían— el hereje y el ateo!

¡Morazán, el de “la ley del perro”!

¡Morazán, partidario del matrimonio civil y del divorcio!

¡Morazán, enemigo de Dios y de la Iglesia!

¡Pero en el fondo de las intrigas y de las campañas en su contra, las terribles exacciones de 5,000 pesos mensuales!!

¡Ah, los falsos y metalizados jinetes de la caballería mariana!

¡Ah, nuestras alegres comadres rezadoras, envueltas a veces en olores que no son de santidad!

¡Ah, nuestras monjas de Aycinena, que con una absolución a la hora de la muerte, después de herir al prójimo con la difamación y el escándalo, esperan ojiblanco ganar la gloria eterna!

EL 29 de agosto salieron para Puntarenas las primeras fuerzas, con gran parte del equipo que había en la capital.

El día anterior, por acuerdo de la Asamblea, juzgando indispensable que el ex Presidente tomase en persona el mando de las tropas, había depositado Morazán la jefatura de la nación en el prócer Mora Fernández, para que lo substituyera durante la campaña.

Otros regimientos y mucho de lo que aún quedaba de las armas, sin pérdida de tiempo, se fueron posteriormente desplazando hacia las pampas guanacastecas.

¡La ocasión era propicia para el levantamiento!

Los mejores jefes y oficiales del Gobierno, cumplían con su deber de patriotas y con su deber de centroamericanos.

Apenas le quedaban a Morazán, en torno suyo, elementos muy escasos para hacerle frente a lo que no esperaba.

En tales condiciones, al amanecer del 11 de septiembre, lograron los propietarios descontentos que se sublevara el Comandante de la plaza de Alajuela.

Y ese mismo día comenzó a figurar en la Historia el ya citado militar de origen portugués, Antonio Pinto, acaudillando a los adversarios de Morazán en San José.

ESFUERZOS sobrehumanos hizo el ilustre nativo de Tegucigalpa, mediante la intervención del vice Jefe Mora y del sacerdote don José Antonio Castro, para evitar que la sublevación tomara cuerpo.

Sus gestiones, empero, resultaron inútiles, porque la reacción estaba en plena actividad; y porque se iban fortaleciendo cada vez más los sitiadores del Cuartel Principal, en donde el prócer se defendía de las fuerzas que lo rodeaban.

En la tarde del 12 llegaron 500 hombres de Alajuela, bien armados y pertrechados, con los elementos de combate que debieron haber servido para luchar contra la invasión de los separatistas nicaragüenses.

Mas he aquí que con esas armas y con esos hombres, lanzados a la guerra civil, fueron vencidas las tropas de Cartago, leales a Morazán.

Y arreció entonces el ataque contra el Cuartel Principal, prolongándose la lucha hasta la madrugada del 14, cuando al invicto militar no le quedó más camino que romper el cerco, e iniciar su estratégica retirada hacia Cartago.

¡Allí creía encontrarse con el apoyo y con la lealtad del teniente coronel Pedro Mayorga, Comandante de la Plaza!

Lejos estaban de saber los leales que Mayorga había defecionado.

¡Y en su propia residencia, la traición y los grillos pu-

sieron a Morazán a merced de los que pocas horas después lo habrían de fusilar!

LO fusilaron, sí, pero no pudieron matarlo. Porque a estos hombres se les dispara al cuerpo, pero los proyectiles no hacen mella en el espíritu.

Se les pone frente al paredón o se les cose a puñaladas, pero no hay manera de acabar con ellos.

Se les entierra después, pero siguen y seguirán viviendo, por la nobleza indestructible de sus ideales y por la excelcitud eterna de su obra.

¡¡Los que se mueren son los otros!!

¡Aquéllos que con una descarga contra la envoltura corporal de un hombre superior, creyeron matarle a él y destruir, con ráfagas de plomo, la inmortalidad del pensamiento!

¿Quién recuerda a los verdugos?

¿Quién, a tantas eminencias, al servicio del crimen y de la iniquidad?

¿Quién, a los que sólo vivieron para gozar del poder, de la riqueza material y de la fuerza?

¿Qué dejan los tiranos, ni los que han dispuesto del honor y de la vida de millones de hombres a lo largo de la Historia?

CUANTOS emperadores, cuántos reyes, cuántos presidentes, cuántos ministros, cuántos duques, y condes, y marqueses, cuántos potentados de las finanzas se pudren en los cementerios, definitivamente muertos!

¿Mas quiénes de los poderosos se conservan con tanto amor en la memoria y en el corazón del pueblo, como los varones ejemplares que iluminaron con su estro a los que tenían hambre de pan y de justicia?

Aquellos que se entregan enteros a una causa de dignificación humana; los que sufren persecución y no se arredran ante el sacrificio, son los que siguen y seguirán viviendo.

Los otros, en cambio, al quedarse sin cuerpo, se mueren para siempre porque carecían de espíritu.

¡Se mueren, como todos hemos de morir, cerrándose en la tumba el ciclo de lo que disfrutaron en la vida, olvidados por completo de sus semejantes!

NO. A los seres superiores no hay modo de matarles.

Son como faros, cuya luz se proyecta en el tiempo, y se proyecta en el espacio, hacia la lejanía, hacia hombres nuevos que llegarán después.

Por eso Francisco Morazán, en los 180 minutos que se

le dieron para prepararse a bien morir, se dirigió a la juventud.

¡A la juventud, que no es el decaimiento actual de millares de jóvenes envejecidos!

¡A la juventud que piensa y a la juventud que siente!

Exhortó, pues, al futuro, pidiéndole que luchara con firmeza, sin desmayos ni vacilaciones, por la causa de la justicia y de la libertad humana.

Y agregaba en su testamento —testamento de deudas!— cómo su amor a Centro América habría de acompañarle en el sepulcro, sin odios ni rencores para nadie, ni siquiera para sus asesinos, que no quisieron oírlo ni juzgarlo.

¡Testamento de deudas!

“Declaro —en nombre del Autor del Universo, en cuya religión muero— que todos los intereses que poseía, míos y de mi mujer, los he gastado en dar un Gobierno de leyes a Costa Rica, lo mismo que 18.000 pesos y sus réditos, que adeudo al señor General Pedro Bermúdez”.

Y después de referirse a su posible haber por un negocio de corte de maderas en Honduras, termina informando de otros compromisos, “que no ignora el señor don Cruz Lozano”.

¡TESTAMENTO de deudas!

¡Ojalá pudieran testar, en forma semejante, las levitas y las charreteras que todavía no perdonan a Francisco Morazán su obra revolucionaria!

¡Y algunos voraces beneméritos de nuestra América, tan dados a meter la mano en el tesoro público; a negociar concesiones; a vender influencias; a comprar tierras y palacios; a quebrantar, en suma, su decoro personal y la dignidad de su país!

¡Voraces beneméritos, sin patrimonio cuando llegan al poder, enriquecidos al dejarlo, prestos a distribuir lo ajeno entre parientes, aduladores y secuaces, a cambio de lisonjas viles o de "muy sabios" consejos!

¡Cómo tienen rebajada tan notables excelencias la investidura altísima de gobernar a un pueblo!

¡Y cómo es cierto que no hay en ellos nada de común con la pulcritud, con la noble austeridad, con la severa honradez, con el humanismo integral de nuestros próceres!

NADA de común, porque en los primeros únicamente operan los bajos instintos del placer, del egoísmo y de la felonía.

Los próceres, por el contrario, han alimentado su fuego

íntimo con el dolor ajeno, con el dolor del hombre, repetido y eterno como la propia humanidad.

¡No importa el escenario!

¡No importa el territorio!

¡No importa que la patria sea grande o sea pequeña!

En Costa Rica, en Curazao, en las Guayanas, en la enorme Rusia, en la India de leyenda y de misterio, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en las más florecientes capitales o en los más remotos caseríos, siempre encontraremos el dolor humano.

¡Y los seres superiores han sabido y han querido luchar, hasta el sacrificio, por liberar al hombre-hombre del hombre-fiera, del hombre-lobo, del hombre-bestia!

¡Pero también, antes que todo y sobre todo, por liberar al hombre de su dolor y de su angustia!

Claramente puede comprenderse, entonces, por qué son esas figuras como faros, alimentados con luz de eternidad.

¡Luz de muchas generaciones, sacada de la entraña misma del sufrimiento colectivo y del amor al prójimo!

¡SOMBRA, incompreensión a corto trecho, mientras se dan a los demás y alientan en la vida!

No pueden sus contemporáneos ver el resplandor, que sólo a gran distancia servirá de guía.

¡Ni sus contemporáneos de distinto bando; ni la masa popular esclavizada, con su venda fatal sobre los ojos; ni los hijos o los nietos de padres y de abuelos “venerables”, tan apegados a su vieja tradición de ser los amos!

A los grandes espíritus orientadores, por lo tanto, se les calumnia, se les difama, se abultan y exageran sus faltas o sus debilidades.

Así con Morazán. El primer centenario de su natalicio, en 1892, no pudo celebrarse de manera digna, porque las castas reaccionarias elevaron su voz contra el caudillo.

Y este otro centenario, el primero de su fusilamiento, han pretendido igualmente las derechas, con el arrimo de sus cómplices oficiales del otro lado del Suchiate, que se manchara; que pasara desapercibido; o que juzgasen deformada la tragedia los cinco pueblos centroamericanos.

¡Ah, los Carreras de hoy, con su fusta o su bastón de mando!

¡Ah, nuestros capataces de botas federicas, campeones siglo veinte de la democracia!

¡Ah, nuestros venturosos gobernantes tropicales, empeñados en decir y demostrar que de verdugos han podido elevarse al plano superior de los libertadores!

¡¡Pero que Morazán no resucite, porque entonces —como en 1842— le darían tres horas de tiempo para fusilarlo!!

¡NADA importa!

Continuará por algún tiempo la calumnia.

Continuará por años la difamación.

¡Y el reinado de los Pepes y de las Pepas, de los Petronilos y de las Petronilas!

¡Nada importa!

Así ha ocurrido también con otros faros de América.

Así con Hidalgo.

Así con Bolívar.

Así con Morelos.

Así con Juárez.

Así con Sarmiento.

Así con Montalvo.

Así con Maceo y con Martí.

Así con todos los que se han enfrentado al oprobio de la esclavitud.

¡Nada importa!

El mundo se debate en la más espantosa de las guerras.

Millares de soldados caen todos los días.

La tierra se fecunda en esta crisis con entrañas abiertas, con cuerpos destrozados, con lágrimas y sangre, para que la próxima cosecha de la libertad no caiga en poder de sus conculcadores.

¡Para que pueda triunfar, definitivamente, el hombre-hombre sobre el hombre-bestia!

CRUCIAL es el momento.
Nuestros próceres vigilan.

La luz de sus fanales ilumina el firmamento americano.

Y forma como una inmensa y fulgurosa estrella, que nos señala el camino de la redención.

¿Sabrán los pueblos de América mirar hacia lo alto?

¿Sabrán mirar hacia sí mismos, en donde aquel fulgor del macrocosmos se refleja en lo más hondo de su conciencia, por largo tiempo obscurecida?

¿No seremos capaces de aprovechar, los centroamericanos, la ocasión que el destino nos ofrece para darle fin a la ignominia, emperifollada con muchos adornos democráticos?

¡¡Señor Roosevelt, señor Roosevelt, con su política del buen vecino!!

¡¡Señor Wallace, señor Wallace, con su fe de iluminado en el derrumbamiento de las tiranías!!

EN homenaje al gran Libertador venezolano, ha dicho Pablo Neruda: "Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo".

Completaría yo el pensamiento del poeta y del amigo, al afirmar que Bolívar está de pie sobre los Andes, dirigiendo la batalla.

Y que Morazán, mirando hacia nosotros, exclamará con su voz de apóstol, y con su voz de mártir, y con su voz de fusilado, a quien no pudieron matar los reaccionarios el 15 de septiembre de 1842:

"Estoy despierto, constantemente despierto, esperando que al fin despierte Centro América".

Invitación para los homenajes rendidos en
México al prócer centroamericano,
FRANCISCO MORAZAN
en el primer centenario de su fusilamiento

Las organizaciones culturales que suscriben, con la adhesión fervorosa de los más avanzados núcleos intelectuales extranjeros residentes en México, y con el respaldo entusiasta de los trabajadores de nuestra patria, tienen el gusto de invitar a usted a los diversos actos que se verificarán en esta capital, desde el 8 hasta el 15 de septiembre en curso, como testimonio de homenaje al ilustre prócer centroamericano, Francisco Morazán.

Se realizan dichos actos, de acuerdo con el programa adjunto, con motivo de cumplirse el primer centenario de la trágica muerte de tan alta figura del pensamiento, la democracia y la unidad de América.

México, D. F., septiembre de 1942.

Universidad Nacional Autónoma de México: Lic. Rodolfo Brito Foucher, Rector.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística: Lic. Francisco de A. Benavides, Presidente.

Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México: Ing. Félix F. Palavicini, Presidente.

Grupo América: Coronel Adrián Cravioto, Presidente.

Sociedad Francisco Morazán: Dr. Manuel Flores, Presidente.

Vanguardia Nicolaita: Dr. Enrique Arreguín, Jr., Presidente.

Universidad Obrera de México: Lic. Alejandro Carrillo, Secretario General.

Federación Nacional Mexicana de Trabajadores Intelectuales: Lic. Aarón Pelaez, Presidente.

Unión Democrática Española: Ing. Antonio Velao, Presidente.

Unión General de Trabajadores de España: Ramón González Peña, Presidente.

Programa

Martes 8 de septiembre de 1942 — 8 p. m.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
Anfiteatro Bolívar, Justo Sierra, 16

Presidencia: Lic. Rodolfo Brito Foucher, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.—Ing. Félix F. Palavicini, Presidente del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México.

1. Número musical por la Orquesta Típica de México.
2. *I tempi assai lontani*, de Attorino Respighi, a cargo de la soprano Angelina Lomana Altamirano.
3. Elogio de Francisco Morazán, por el profesor y escritor costarricense Vicente Sáenz.
4. Números musicales: Orquesta Típica de México y la gran soprano señorita Lomana.
5. Palabras del señor Lic. Rodolfo Brito Foucher, Rector de la Universidad.
6. Breve salutación de los representantes de sociedades nacionales y extranjeras adheridas al acto.
7. Himno Nacional de Centro América. Himno Nacional de México.

Viernes 11 de septiembre de 1942 — 7.30 p. m.

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA
Justo Sierra, 19

Presidencia: Lic. Francisco de A. Benavides, Presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Dr. Manuel Flores, Presidente de la Sociedad Francisco Morazán.

1. Palabras de apertura por el Lic. Martín Paz, en nombre de la "Sociedad Francisco Morazán".
2. Retrato de Francisco Morazán, por el Dr. Francisco Lino Osegueda.
3. Morazán desde el punto de vista político-social, por el Lic. Horacio Espinosa Altamirano.
4. Morazán desde el punto de vista militar, por el Coronel José Asensio Menéndez.
5. Palabras por Jacobo Cárcamo.

Lunes 14 de septiembre de 1942 — 6.30 p. m.

PALACIO DE LAS BELLAS ARTES
Sala de Conferencias

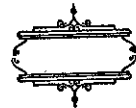
Presidencia: Prof. Rafael Heliodoro Valle (Honduras).
Prof. Vicente Sáenz (Costa Rica).

1. Palabras del Dr. Manuel Flores, Presidente de la "Sociedad Francisco Morazán".
2. Número musical, a cargo de la Banda de Policía.
3. Selecciones de grandes poetas centroamericanos, declamadas por Alfonso Pino.
4. Granada, de Agustín Lara, por la señorita Angelina Lomana Altamirano.
5. Discurso del Sr. Lic. Rubén A. Gómez Esqueda.
6. Canción a cargo del tenor Jaime Nolla Reyes.
7. Poema "A Morazán", por el Dr. Angel Cifuentes, declamado por el autor.
8. Himno Nacional de Centro América. Himno Nacional de México.

Martes 15 de septiembre de 1942 — 9 a. m.

CALZADA DE BALBUENA

Gran homenaje a Morazán, organizado por la Dirección General de Acción Social del Distrito Federal de México, en la propia fecha en que se conmemora el primer centenario de la muerte del ilustre caudillo centroamericano. Descubrimiento de la placa que da el nombre de Avenida Francisco Morazán a la actual Calzada de Balbuena, de acuerdo con las invitaciones y programas que distribuirá oportunamente el Gobierno del Distrito.



Del Gobierno del Distrito

El Departamento del Distrito Federal se complace en invitar a usted a la solemne ceremonia que para descubrir las placas que dan el nombre del Héroe Centroamericano,

FRANCISCO MORAZAN,

a la Calzada de Balbuena de esta Ciudad, tendrá lugar en el Centro Social y Deportivo para Trabajadores "Venustiano Carranza", el día 15 del actual, a las 9 horas, conforme al programa adjunto.

México, D. F., septiembre de 1942

PROGRAMA

1. II Guarani, Gómez. Banda de Policía.
2. Discurso. Sr. Prof. Luis Chávez Orozco, en representación del Departamento del Distrito Federal.
3. Rapsodia Americana. Banda de Policía.
4. Discurso. Sr. Prof. Rafael Heliodoro Valle.
5. Palabras. Sr. Dr. Ricardo Alduvín. Sr. Raúl Alberto Betancourt, en representación de la Juventud Mexicana. Sr. Benjamín Guzmán, en representación de la Juventud Centroamericana. Srta. Profa. María Efraína Rocha, en representación del Comité Coordinador Femenil.
6. Descubrimiento de la placa nominativa.
7. Himno Nacional Mexicano. Himnos Nacionales de los países centroamericanos.

Del Grupo de América

Institución Internacional de Ideales Americanistas
Sección México A ñ o IV

El Consejo Directivo que subscribe, invita a usted
y a sus estimables amigos a la

XVI REUNION AMERICANISTA

que efectuará esta Institución, en homenaje so-
lemne al Prócer Centroamericano

GENERAL FRANCISCO MORAZAN

con motivo del Centenario de su sacrificio por la
Libertad, y a los gloriosos Libertadores de México,
GENERALISIMO CURA DON MIGUEL HIDALGO Y
COSTILLA Y GENERAL DON VICENTE GUERRERO

ORDEN DEL DIA

1. Morazán y la Unión Centroamericana. Socio, se-
ñor Profesor D. Vicente Sáenz.
2. Padre Hidalgo. Socio, señor Capitán D. Manuel
Ogazón Vera.
3. D. Vicente Guerrero, el verdadero consumidor
de la Independencia. Socio, señor General D.
Héctor F. López, quien presidirá.

Altos del Teatro Principal

A las 14 horas (2 de la tarde) del sábado 26 de
septiembre en curso.

LIBERTAD, IGUALDAD, UNION

México, D. F., Septiembre de 1942

ATENTAMENTE

Coronel Adrián Cravioto, Lic. Rubén Gómez Es-
queda, Gral. Alberto Zuno Hernández, Tte. Cor.
Germán Andrade Lavastida, Prof. Francisco San-
toyo M., Mayor Joaquín F. Leyzaola, Lic. Francisco
de A. Benavides, Dr. Gonzalo Chirino.

VICENTE SAENZ

SUS PRINCIPALES OBRAS

(Tamaño cuádruplo mayor, con un total de 1520 páginas)

Norteamericanización de Centro América
Rompiendo Cadenas
España Heroica
Guión de Historia Contemporánea
Cosas y Hombres de Europa

OTROS LIBROS Y FOLLETOS

Actitud del Gobierno de Washington hacia las
repúblicas centroamericanas (1)

Traidores y Déspotas de Centro América (1)
El Canal de Nicaragua (1)

Intervención de los Estados Unidos en
Centro América (1)

Cartas a Morazán

España en sus gloriosas jornadas de julio y
agosto de 1936 (2)

El Resplandor de España (1)

Palabras del Presidente de la República
Española (2)

La Doctrina de Monroe frente a los nazis
en América

Elogio de Francisco Morazán

POR PUBLICARSE

Lecturas Hispanoamericanas

Siete ensayos y un epílogo

Por qué tuve que disparar

El crimen contra España (Continuación de
"España Heroica")

Penetración nazifascista en algunas repúblicas
hispanoamericanas

(1) Inglés y castellano. (2) Castellano y ruso.
(3) Castellano, inglés y francés.